

ARTIST SALON



Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO II

BARCELONA, 23 DE ENERO DE 1898

NÚM. 10

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactores:

SALVADOR CARRERA

V. SUÁREZ CASAN

COLABORADORES

Literatos: Leopoldo Alas (*Clarín*).—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Victor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar (*Marqués de Valdeiglesias*).—Francisco T. Estruch.—Isidoro Fernández Flórez (*Fernanflore*).—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—José Gutiérrez Abascal (*Kasabal*).—Jorge Isaacs.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mérida.—F. Miquel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—P. Saindo Autrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—José Villegas (*Zeda*).—Baronesa de Wilson.

Pintores y dibujantes: Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Luis Alvarez.—T. Andreu.—José Arijá.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabrinety.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—José Parada y Santin.—José Passós.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Sans Castaño.—Arturo Serriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

Músicos: Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Fermín M. Alvarez.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

¡EN EL OCEANO DE LA VIDA!, por XAUDARÓ.



Buque á la vista.



Choque.

ESTELA & BERNAREGGI

Sala de Conciertos ~ Cortes, 275 ~ BARCELONA

PIANOS y HARMONIUMS

ALQUILER ~ CAMBIO ~ VENTA A PLAZOS





MME. ARICLÉE DARCLÉE

AMORES CRIOLLOS

NARRACIÓN POPULAR ARGENTINA

Ah, sí, Manuel; ten por seguro que esa *china* (1) me quiere y que será mía, pese á quien pese; á su familia, al *patrón*, al mismísimo Juan.

—Mucho dices.

—A todo me animo; todo por ella; millares de plata que tuviera en mis arcas, millares de reses que poseyera en una *estancia* (2), miles de vida que acumulara en mi alma; todo puesto en juego para esa mujer que tan enloquecido me tiene; todo absolutamente para ella.

—¡Sebastián...!

—Créeme, *ché* (3); camino por todas partes con un solo objeto; trabajo para una sola cosa en el mundo; soy payador; para cantarla, tengo ambición y ganas de que me aplaudan y de que no haya nadie que pueda en la República *contender* conmigo, únicamente por Zelmira, Manuel.

—Se me figura que la empresa es algo más difícil de lo que tú te imaginas.

—Ya lo veremos. De todos modos, ni retrocedo, ni me desanimo en la lucha. No he sido en mi vida *flojo* y no he de serlo en esta ocasión.

—Adelante.

—Y tanto. Ni las montañas esas de nieves que estorban todo paso y lo arrollan todo, allá en las fronteras de Chile; ni aunque se me pusieran por delante los Andes.

Así hablaban en Buenos Aires, en una antigua *pulpería* (4) de la Boca del riachuelo, dos *gauchos payadores* de los más populares entonces.

El gaucho es el hombre del campo; el payador, es el poeta popular espontáneo, que no para mientes en contar las sílabas de los versos, porque no se le alcanza ni se lo han enseñado; pero que posee una facilidad realmente pasmosa para improvisar á su modo y una brillante imaginación que ya envidiarían vates muy inspirados.

El payador, aguijoneado por su contrario, contesta en el acto con una agudeza, devuelve la flecha con otra punzante, rechaza el ditirambo con otra *caldá*, sin darle vueltas al pensamiento, con rapidez vertiginosa, y así suele hacerlo por un buen espacio de tiempo, por una y otra hora, sin descansar y sin fatigarse; siempre frescas aquellas meridionales cabezas caldeadas por el sol radiante de América.

Es realmente notable esa especie de trovador que se encuentra en América, ese poeta inculto que tiene á su modo romanticismos especiales, notas patrióticas y amorosas, imaginación, inventiva y una facilidad pasmosa para rimar, siquiera sea incorrectamente.

Santos Alvarez se disputaba la supremacía de los payadores en el Río de la Plata, y no era otro que el que hemos visto hablar con Manuel de unos amores difíciles. Manuel, su interlocutor, era García, notable también en el género, y amigo de veras de Santos.

Zelmira, por la presión que en ella ejercieran su familia y hasta su amo, se había visto obligada á admitir los amores de un tal Juan Fernández, *gaucho* de no muy buenos antecedentes, del que se contaba una

historia horrible al ir á pelear en las fronteras contra los indios; pero que se había ganado completamente la voluntad y la confianza de un rico *estanciero* de la provincia de Corrientes y la de una familia que en calidad de mayordomos-sirvientes, mezcla de una cosa y de otra, se hallaba al frente de aquel magnífico establecimiento de campo y tenía una hija hermosísima, genuinamente americana, de color cobrizo, de negros y chispeantes ojos, de pies menudos, de cintura pequeña, de cuerpo flexible, de andar gracioso, de dientes blancos como la leche, de encantadora sonrisa.

Era Zelmira una *china* que valía mucho, capaz de trastornar la razón al hombre más frío del mundo y de poner como una pila de Volta al que sintiera bullir con ardor la sangre en las venas, como le pasaba á Santos.

Fernández era un hombre totalmente distinto al célebre payador, y por consiguiente ni nunca habría querido como se lo merecía á Zelmira, ni ésta á él, sin que por esto venga á decir yo que Juan no amaba á la *china*, pero su amor era salvaje, de pasiones rastreras, de apetitos carnales, de ansia de malos ó violentos deseos.

En aquella alma no cabían grandes sentimientos; aquel corazón no latía al impulso de nada que fuese noble, digno ó desinteresado. Salvarle de aquel hombre funesto, á Zelmira, era lo mismo que redimirla de un cautiverio. Se hallaba aprisionada entre las cadenas de su voluntad indomable, y quien las pudiera romper, le devolvía, al hacerlo, la libertad; y esto se propuso el célebre payador argentino.

No era su contrincante lo que pudiera preocuparle para conseguir este fin, porque el enamorado mozo era muy resuelto y muy *guapo*, sino la barrera inexpugnable de la familia, el cerco que le habían puesto sus padres, en la *estancia* á la *china*. Ejercían una vigilancia extraordinaria sobre ella que no permitía que nadie pudiera hablarla y apenas verla, como no fuera de lejos. Allí no había más que Fernández; aquel hombre funesto era el único que gozaba del privilegio negado á todos; de la dicha de relacionarse con ella; de la dicha, sí, porque era una gloria Zelmira, destello del cielo purísimo y hermoso de la Argentina, que parece tan azul, tan alegre, tan claro como el de España; y que tanto nos lo recuerda cuando estamos allá. Pero una casualidad feliz vino á favorecer los deseos del apasionado *gaucho*, cantador de *milongos* (5).

En el pueblo más próximo á la *estancia* en donde vivía Zelmira, se concertó una *payada* por el mismo dueño de aquella rica finca, y para celebrar, unido á otros festejos, el paso del ferrocarril por aquellas tierras y el viaje del Presidente de la República que inauguraba en persona el nuevo ramal, del que tan grandes beneficios se prometían todos en la comarca.

La fiesta de los trovadores populares se celebró, asistiendo buen golpe de gente á ella, y entre ésta, Zelmira, su familia y el maldito de Juan Fernández, el novio impuesto, el asesino del oficial Gutiérrez del Campo, en la frontera, el verdugo feroz, sanguinario, implacable del pobre indio.

El triunfo de Santos Alvarez fué completo.

La presencia de la mujer que adoraba le enardeció de tal manera, de tal modo supo prestarle alientos titánicos, inspiraciones poderosas, facilidad extraordinaria, que venció con ventaja y en toda la línea á su poderoso rival en aquella contienda y le aseguró la victoria en el corazón de Zelmira, que ya era suyo, completamente suyo y por siempre.

Fué tan visible la emoción que experimentara la *china*, fué tan grande el sacudimiento que sufrió al ver á Santos rodeado de gloria y tenido después de tan famoso palenque como el primer payador indiscutible,



(1) Indígena entre la gente del pueblo.

(2) Establecimiento de campo.

(3) Expresión valenciana, de intimidad, transportada á la República Argentina.

(4) Especie de taberna y bodegón.

(5) Cantos populares, cuya letra improvisan los payadores.

sancionado de toda la República Argentina y hasta de la Oriental del Uruguay, que el mismo Juan, el novio impuesto, hubo de notarlo, alarmarse y jurar la muerte de Santos Alvarez, quien, como ya hemos dicho, al ganar en la justa á Juan de Dios Zuberburri, el primer payador del Río de la Plata, había ganado el puesto que él ocupaba, y con éste su aureola inmensa y la manera de hacerse en breve con una posición que ofrecer á su amada, con una verdadera y cuantiosa fortuna; unir los bienes de la tierra con las felicidades del cielo significadas para el trovador popular en las dichas del amor de Zelmira.

Es preciso haber estado en la hermosa y cada vez más importante tierra americana en que naciera Belgrano, para poder apreciar lo que son esas noches de luna, en el campo, bajo la espléndida y clara techumbre de millares de estrellas que tachonan el firmamento en aquellas regiones,

El tibio ambiente, el rasgueo á lo lejos de alguna guitarra en alguna estancia; el suave flotar de las hojas á impulso de cualquier ráfaga de brisa que acaricia las plantas; el aleteo del algún ave; los pasos de algún caminante; el trotar del ligero caballo de pura raza del país, que al apuntar el alba estará descansando ya en un potrero; el panorama encantador de noche en los países americanos; el interesante cuadro de la naturaleza en aquellas feraces tierras, que el hombre cultiva desentrañando sus riquezas y arrancándole á sus capas, con las primicias de sus frutos, las savias de sus primeras germinaciones.

Por un sendero que conducía á Corrientes y á la estancia en donde se hallaba Zelmira, iba un hombre que llevaba retratada en su cara la malicia de su alma, y en él pudiera notarse á la luz de aquella clarísima luna que algo muy depravado maquinaba en su torpe cerebro.

Esperaba que por allí pasase el famoso payador del Río de la Plata, y experimentaba en el entretanto el salvaje placer de acariciar el arma de fuego con que iba á asesinarle á su gusto, en la sombra, arteramente, acechándole como el cazador á una pieza.

Santos no había conseguido que le diesen en matrimonio á su adorada Zelmira, y ella, dispuesta á enlazarse con él, no titubeó un momento en prestarse á emprender la fuga que le indicara y que pudieron realizar felizmente.

Pronto escuchó el infame bandido de las fronteras, el asesino ruin y cobarde del bravo coronel Sánchez Pérez, cuyo crimen logró que hubiera quedado oculto, el galopar ligero de un caballo en el que vio montados, al aproximarse, en aquella noche, á su rival y á Zelmira, sobre los que hizo fuego á corta distancia una vez que pasaron.

Cuantos tiros tenía su revólver, disparó uno tras otro, y con gran rapidez, sobre la enamorada pareja, cayendo en tierra el caballo y la hermosa china. Zelmira lanzó un grito al caer y dejó de existir para siempre.

Santos la sostuvo en sus brazos; divisó un hombre que iba corriendo, y dejando por un momento el cuerpo inerte de su amada, se fué tras él logrando alcanzarle.

Aun llevaba en sus manos el arma homicida. Santos vió que era Juan, y le previno que con su faca se defendiera, porque no asesinaba, como él lo había hecho.

La lucha fué horrible, pero Juan al fin rodó en breve por tierra rugiendo, con la existencia que se le iba, su postrer ahullido de fiera.

.....

El cura de un pueblo cercano á Corrientes, que debía casar á una joven, se preparó en vez de esto á acompañar su cadáver al Cementerio. Había sido asesinada villanamente la noche antes.

Era la víctima de Juan.

Para aquella tarde estaba anunciado, desde hacía tiempo, que los payadores Santos y González, el célebre mulato González, iban á contender. Un gentío inmenso acudió al lugar designado. Santos no pudo negarse (porque estaba todo dispuesto), á pesar de la pena horrorosa que le agobiaba.

Empezó la *payada*. El mulato llevaba la ventaja en la lucha. El decaimiento de Santos era muy grande.

Aquél, creyendo que iba á ganar la partida del todo, recordándole á su contrincante su amada para destrozarle el pecho, desconcertarlo por completo con el terrible golpe del recuerdo de aquella mujer que el día anterior gozaba de toda la plenitud de la vida, y vencerlo de esta manera en toda la línea, le preguntó por Zelmira. ¡Pero cuán grande fué su error!... Santos le contestó inmediatamente con los ojos arrasados en lágrimas, con frases de una ternura indefinible, con pensamientos y conceptos de una inspiración admirable que hacía prorrumpir en atronadores aplausos y vítores al numeroso público que se encontraba allí reunido.

Con qué poesía tan natural, con qué facilidad tan pasmosa el payador relataba su pena, sus amores, su angustia, el vacío que sintiera en el mundo, el afán de unirse á Zelmira, si ya no en ésta en la otra vida, el deseo ferviente, anhelante, y á medida que lo expresaba, cambió su aspecto, se dilataron sus órbitas, se inyectaron sus ojos de sangre, y como herido por un rayo, cayó abrazado á su guitarra para no levantarse más, presa de una terrible congestión, y después de haber dicho:

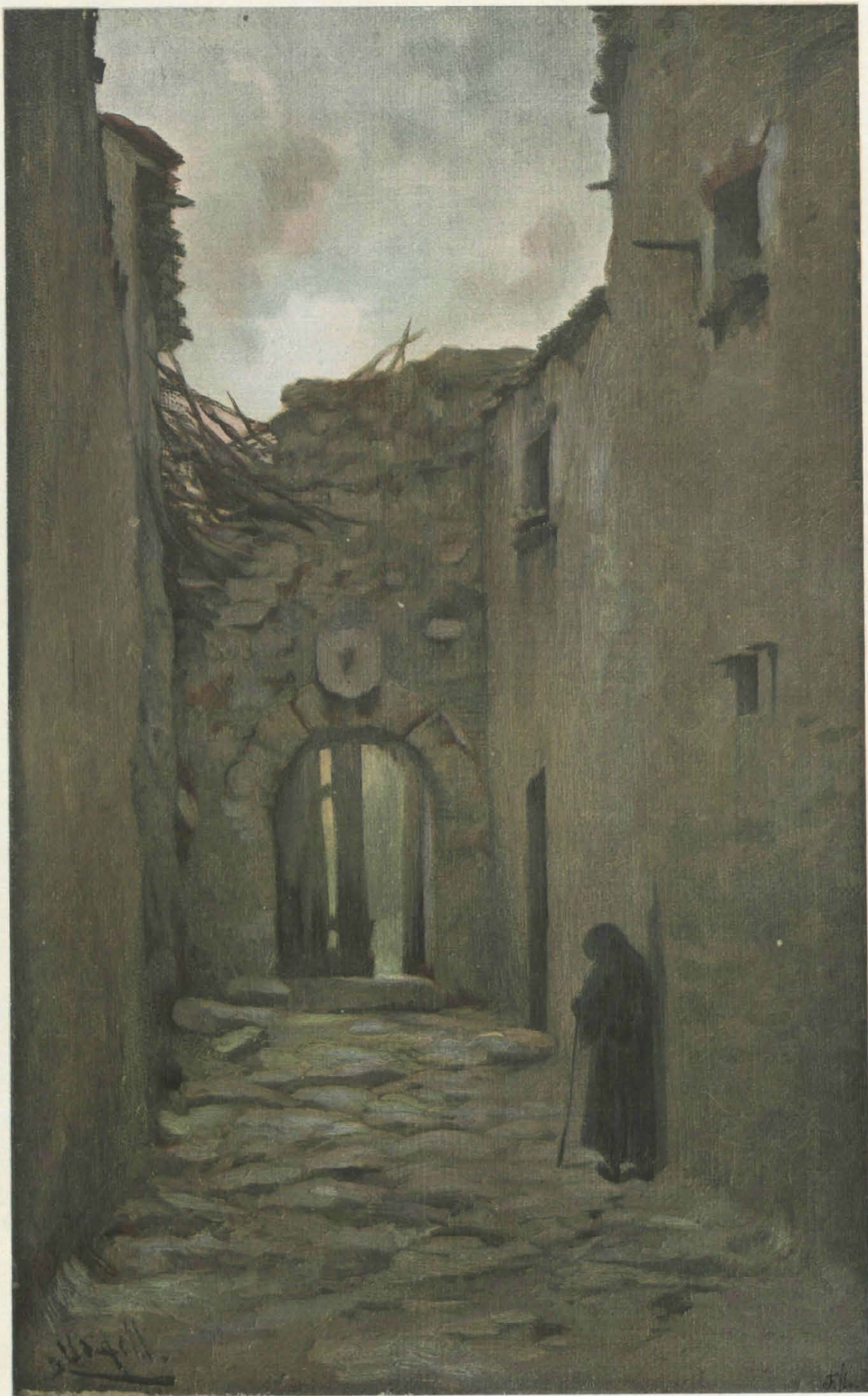
*Me reclama y yo la quiero
y no he de hacerme esperar;
allá voy, con mi guitarra,
para poderla cantar
dentro de su propia tumba;
¡que me lleven por piedad!*

P. SAÑUDO AUTRAN

ILUSTRACIONES DE CUCHY.



MODESTO URGELL



UNA CALLE

RAMON TUSQUETS



DEL TIEMPO DE GOYA



¡SANTA!...

LA condesa estaba atenta á su labor y el conde, sentado á sus pies, leía en alta voz en un libro.

—¿No me atiendes?—preguntó el conde interrumpiendo la lectura y fijando sus ojos en el hermoso rostro de su esposa.

Ella dejó caer sobre la falda el rico bordado y rodeó con sus brazos el cuello de su esposo.

—¿Que no te escucho?...—murmuró casi al oído del conde.

Su voz era dulce, armoniosa; en sus ojos se leía todo un poema de amor.

—¡Qué hermosas eres!—exclamó el conde, reclinando su cabeza sobre el seno de su esposa.

—¡Cuánto te amo!—respondió ella, con la más bella sonrisa de la mujer feliz.

Formaban, verdaderamente, un grupo hermoso.

Jóvenes, enamorados, ricos... ¿qué podían envidiar en el mundo?

Cuando el viejo criado Lorenzo se presentó con la bandeja de plata, la condesa tomó con aire de disgusto la tarjeta que en ella le presentaba, contrariada porque había venido á interrumpir su idilio amoroso.

—¿Un importuno?—preguntó el conde malhumorado.

—«Ana Pérez»—leyó ella.—¿Quién será?... ¡Ah, desmemoriada!... Es la dama de compañía que tú tanto me has recomendado. Hazla pasar, Lorenzo.

El conde se levantó con ademán de despecho, exclamando:

—¡Podía haber venido á otra hora!

—¡Vaya, vaya, Arturo! Sé bueno. Recibamos á esa pobre señora.

Se levantó el portier de la entrada y una mujer vestida de luto avanzó con visible timidez.

El conde se volvió de espaldas rápidamente.

—¿Es usted la señora Ana Pérez?—interrogó la condesa, mirando con curiosidad á la recién llegada.

—Sí...—respondió la interrogada con voz apenas inteligible.

—Es usted muy hermosa, señora, y muy joven. ¿Cuántos años tiene usted?

—Veinticuatro.

—¡Y ya viuda!

—Sí, señora... viuda.

La voz de Ana se hacía cada vez más oscura y temblorosa.

—¿Su esposo de usted era, según me han dicho, viajante de una casa de comercio?

—Sí, señora.

—¿Y hace mucho que ha muerto?

—Dos años.

—¡Dos años! ¡pobrecilla! Debe usted haber sufrido mucho.

—¡Oh!

—Perdone usted si he renovado su dolor cruento. ¿Tiene usted familia?

Ana Pérez enrojeció súbitamente y miró al conde que estaba pálido como un muerto.

—¿Tiene usted familia?—preguntó de nuevo la condesa, sin reparar en la turbación de Ana.

—Sí, señora; un... niño.

—¡Un niño! ¿Cómo se llama?

—Arturo...—murmuró entre dientes la enlutada.

La condesa miró cariñosamente á su marido, diciendo:

—¡Qué casualidad! Tu nombre, Arturo. Tráigalo usted. Yo quiero mucho á los niños. Vivirá con nosotros, ¿es verdad, esposo mío?

El conde hizo un signo afirmativo con la cabeza y trató de sonreír.

Ana llevóse el pañuelo á los labios, como para ahogar un grito.

La condesa, feliz con la idea de poder tener un niño sobre sus rodillas, su sueño dorado, continuó:

—Sí; lo traerá usted y vivirá con nosotros, como si fuera nuestro hijo... Le compraremos juguetes... ¡Pobrecito!... Yo le querré mucho. Ahora—añadió levantándose—pasemos á mi gabinete y hablaremos de nuestras cosas.

Ana respiró con más libertad.

Media hora después abandonaba la estancia de la condesa, pálida, convulsa, con los ojos humedecidos por el llanto, y el corazón palpitante.

En la escalera encontró al conde que salía á su encuentro.

Dejó caer un guante y, al ir á recogerlo, le dijo con voz temblorosa:

—¡Vas á hacerme morir, Arturo! Yo no podré vivir con esa mujer, no podré, no...

—Silencio—murmuró él con acento enérgico y mirada terrible.—¡Piensa en nuestro hijo!

—¡Pero esto es una infamia! ¡Es una cosa que me repugna!

El conde miró en torno suyo para cerciorarse de que estaban solos y cogiéndola brutalmente por un brazo:

—Oye... El niño ha de venir á esta casa y mi mujer le ha de amar sin que sospeche nada... ¿Me has entendido?... ¡Lo mando!... ¡Lo quiero!... ¡Mi hijo vivirá conmigo!

—Así será; pero yo moriré de dolor y de vergüenza.

Y Ana bajó precipitadamente la escalera, oprimiéndose el corazón con ambas manos.

La condesa amaba al pobre niño con verdadera ternura y la encantaban sus juegos y sus travesuras.

Ana, cada día más pálida y más demacrada, sufría horriblemente.

Arturo la había sorprendido llorando varias veces, y la había dicho con cruel cinismo:

—Me vas á comprometer con tus escrúpulos y sensiblerías. Es preciso que mi mujer no sospeche nada.

Ana respondía siempre:

—Me muero... y eres tú quien me mata.

Por fin cayó enferma en el lecho.

No podía más.

Una noche, cuando la condesa se disponía á ir á su palco del Real, entró una camarera á decirle que Ana deseaba hablarla.

—¿Se encuentra peor?

—Hoy ha exputado más sangre que otros días.

—Corro á su lado. ¿Y su hijo?

—Duerme en la cuna.

Cuando la condesa estuvo á solas con la pobre moribunda, ésta la dijo, como presa de un delirio:

—¡Fué él quien lo quiso!... Yo me oponía... pero me amenazó con separarme de mi hijo... Yo hubiera muerto de desesperación, y cedí... Siento horribles remordimientos... Usted es una santa, y tendrá piedad de mí.

La condesa sintió que el frío de la muerte invadía su alma. Se inclinó sobre la agonizante y trató de leer en aquellos empañados ojos su terrible sospecha.

—¿Qué dices?—preguntó con temblorosa voz, sin obtener respuesta. —¿Qué quieres darme á entender?—insistió, apoyando su mano sobre la helada frente de Ana.

—¡Piedad!...—suspiró ésta, entornando los ojos.

—¡Piedad! ¿Para quién? ¿Para ti?

—No, yo no la merezco... ¡Piedad para mi pobre hijo... para mi Arturo!...

—¡Arturo!...—La condesa se irguió violentamente, como si acabara de descorrerse á su vista el velo de aquel misterio, y en sus ojos brilló un relámpago de ira.

—¿Por qué le pusiste ese nombre?—siguió interrogando—¿por qué?

—¡Perdón!

—¡Ah! el padre de ese niño es mi esposo, ¿no es cierto?... Responde... confíesalo.

—Sí...

La condesa lanzó un grito horrible que resonó lúgubremente en la estancia.

—¡Ah, miserable!—gritó, oprimiendo con fuerza el brazo de Ana—¡miserable!...

Luego apartándose de ella:

—¿Dónde está mi esposo? Quiero verle y quiero confundiros á los dos.

La infeliz moribunda inclinó la cabeza desfallecida, y de sus labios salió á borbotones un reguero de sangre que manchó las blancas sábanas del lecho.

La condesa se detuvo, se acercó á ella de nuevo y quedó contemplándola un momento.

Pensó en lo mucho que había penado aquella mujer, y una lágrima de piedad rodó por sus mejillas.

—Yo te perdono—murmuró estrechándole la cabeza con ambas manos.—Yo te perdono, infeliz criatura.

Ana abrió los ojos, y con expresión de infinito agradecimiento contempló á su rival, sin poder articular una palabra.

Luego levantó la mano y señaló la cuna de Arturo.

—Será mi hijo—dijo la condesa; comprendiendo lo que le quería decir.

La moribunda hizo un último esfuerzo, cogió el vestido de la condesa y llevándolo á sus la-

bios murmuró, besándolo:

—¡Santa!... ¡Santa!...

Cuando el conde entró en busca de su esposa, vestido de frac, para acompañarla al teatro, ésta cerraba piadosamente los ojos de la difunta.

—¡Mamita!... ¡Mamita!...—gritaba el niño desde su cuna.

La condesa le tomó en brazos y lo estrechó contra su pecho, mirando con fría altivez á su esposo.

—Juana—la interrogó éste, que acababa de comprender lo que había pasado—Juana, ¿tu corazón?...

—Juana le miró de alto á abajo.

Estaba palidísima.

—Mi corazón—dijo con voz clara y firme—pertenece desde hoy únicamente á este pobre ángel.

PABLO DE SEGOVIA

ILUSTRACIONES DE J. PASSOS.

A LA PLUMA

Notas de excaso valer hoy la lira me concede; ¿quién, ¡oh, pluma, cantar puede tu majestad y poder? Editora del saber y cincel del pensamiento, reproduces del talento los destellos inmortales, dejando estelas sin cuento en renglones desiguales.

Es tan vasta tu grandeza y es tan noble tu destino, que eres cetro peregrino de la más alta realeza. Con nerviosa ligereza estampas, como un troquel, la crénación pura y fiel que el pensamiento derrite;

como cable que transmite las ideas al papel.

Si te impulsa la razón y defiendes causa honrada, abre tu punta acerada hondo surco en la opinión. Tu oportuna intervención entre enemigas naciones, hace callar los cañones y desarma recios brazos; ¡que encierras en tus renglones de fraternidad los lazos!

Cuando el cerebro caldea ansia de bienes soñados, son tus signos apretados traductores de la idea. Cuanto el pensamiento crea das esculpido al instante;

y á tu mérito constante deben su fama sin fin Calderón, Quintana, Dante, Garcilaso y Moratín.

Sobre el papel arrastrando, cuando vas de tinta henchida, eres una diosa herida que va su sangre regando. Abierta vena, manchando el papel brillante y terso, grabas, para admiración del atónito universo, la luz de la inspiración sobre las letras de un verso.

¡Oh, pluma, rajante espada que mata y hunde el error, no te tuerzas al favor de una conciencia manchada!

¡No sacies, torpe y menguada, de la envidia el apetito; pues lo que dejes escrito, infamando un nombre honrado, ha de ser padrón maldito á noble pecho colgado!

Sé, pluma, la fiel balanza del peso de la justicia; muéstrate siempre propicia á castigar con templanza. Pero si á torpe venganza te requiere el delincuente, para hacer de un inocente víctima de arteros planes... ¡no escribas, pluma! ¡detente, y rompe tus gavilanes!

V. SERRANO CLAVERO



EN LA FERIA DE SEVILLA

EN BOCA CERRADA...

HABLA para que yo te conozca» dicen que ha dicho un sabio. Confieso que ignoro cuándo, que ignoro dónde, y que, por ignorar, hasta ignoro quien lo dijo... como que no sé, si, en efecto, lo ha dicho alguien; pero háyase dicho o no, es la verdad que no hay manera de conocer á las personas cuando no hablan.

Ya sé, ya sé que los padres y los maestros recomiendan á los muchachos el silencio, del cual aseguran que es oro (¿qué ha de ser oro?); pero así y todo, y pese á los que sostienen que la palabra ha sido concedida al hombre para que disfrace su pensamiento, me parece que están más en lo firme los que piensan que *hablando se entiende la gente*.

«En boca cerrada no entran moscas» «Palabra y piedra suelta, no tienen vuelta» «La mejor palabra es la que está por decir» «Al buen callar llaman Sancho» «Por la boca muere el pez» y muchas otras afirmaciones de la llamada sabiduría popular, prueban como dos y dos son veinticuatro, que el hombre debía ser animal silencioso, ó valerse, cuando más de alguna interjección de esas enérgicas para exteriorizar con el gesto y con la voz el estado de su ánimo en momentos determinados.

De ese parecer era mi amigo Blas, no el que sirve para que se ponga punto redondo á cuanto él dice, sino otro Blas que hablaba por los codos y al cual, por eso mismo, en media hora de conversación conocía perfectamente el menos avisado de sus interlocutores.

Porque, desengañense ustedes—en el caso de que estén engañados—aunque sea siempre exacto (que muchas veces no lo es) que el hombre, cuando habla, se propone desfigurar lo que piensa y velar lo que siente, casi nunca, nunca por mejor decir, realiza su propósito por mucho tiempo. Es muy difícil, es casi imposible, y casi estoy por creer que imposible del todo, sostener esa ficción cuando se habla mucho.

El hombre que más dueño se crea de su palabra y que más domine su lengua, acaba por ser esclavo de ésta y se deja arrastrar, cuando menos lo teme, por la corriente impetuosa de su palabra desbordada.

Existe entre la esencia del pensamiento y su representación externa, entre la idea y la palabra que la expresa, relación tan íntima, que no hay modo de mantenerla artificialmente en contradicción, sino por muy pocos momentos.

El que habla mucho, aunque se proponga mentir, dice muchas verdades.

Y era justamente la debilidad del ya mencionado Blas, mi amigo, de quien decían cuantos lo trataban que no tenía *trastienda*, ¿qué había de tener trastienda? Ni tienda siquiera.

Hablaba, hablaba, hablaba
«sin descansar ni escupir»

como el alférez don Facundo Valentín Pérez y Pérez, de que habla un personaje de Bretón; y no le quedaba nada dentro; después de haberle sacudido media hora, sabía uno cuanto había que saber acerca de lo que Blas era, y valía y pensaba, y podía repetirse la común frase vulgar, aquí no hay más cera que la que arde.

Blas, que se conocía, lo cual es muchísimo menos difícil de lo que por esos mundos se cree, y que deploraba, sin poder remediarlo, ser tan hablador, admiraba sinceramente, con admiración casi idolátrica, á los hombres callados.

Los que hablaban poco le parecían héroes; y los que no hablaban nunca eran semidioses.

Tratábamos por aquel entonces (porque de esto hará ya veinte años largos), á un excelentísimo señor don Pedro Advíncula de Tecallo, que era la admiración de Blas.

Y cómo no había de serlo si no conocíamos á una sola persona que hubiese oído el metal de la voz de don Pedro Advíncula.

«¡Lo que ese hombre vale! decía Blas; las cosas que ese don Pedro tiene reservadas en su cerebro. Basta verlo para convencerse de que es un ser casi sobrenatural.

Erguido siempre y siempre frunciendo el ceño; constantemente callado. Ve, oye, observa y calla. Asombra pensar en el caudal de conocimientos que ese hombre guardará en la alacena de su cerebro. Será un tesoro aquello. Claro, adquiere cuanto puede y no gasta nada, ha tenido que acabar por ser rico. Cuando ese hombre hable, si alguna vez le hacen romper su silencio, va á decir cosas admirables, nos ofrecerá prodigiosos descubrimientos.»

Y don Pedro Advíncula de Tecallo, habló al fin, contra lo que todos esperaban, habló y no dijo *mi* como el buey de la fábula, pero dijo muy poco más que eso; enhió en tono reposado y con voz campanuda, media docena de majaderías.

Para Blas fué aquello un desencanto. No quería dar crédito á sus ojos, ni á sus oídos.

«Pero ¿es éste don Pedro? decía con verdadera indignación. Este hombre me ha estafado la admiración y el respeto que me inspiraba antes de oírlo.»

Desde entonces Blas, que no dejó en toda su vida de ser hablador sempiterno é impenitente, se convenció de que siendo censurables los dos extremos, es preferible cien veces el de hablar mucho al de no hablar nada.

«Malo es y molesto y fastidioso, tropezar con un charlatán que á nadie deja meter baza, y cuenta lo suyo y lo ajeno y lo que importa y lo que no importa; pero ¡qué diablo! á ese luego le conoce todo el mundo y hay mil medios de evitar sus agresiones.

Pero á estos hombres que se les acosa y no dicen: esta boca es mía; ¿quién los conoce? Pueden estar pasando en silencio gran parte de su vida y resultar después verdaderos alcoraques.»

Y creo que tenía razón Blas.

Malo es hablar mucho; pero es peor no hablar nada. En boca cerrada no entran moscas, es cierto; pero de boca cerrada tampoco pueden salir sonidos sublimes, cuya misión es unir unas almas con otras.

A. SANCHEZ PEREZ

NOTAS DE ARTE

EL QUIJOTE EN DIBUJOS

CUÁNTAS veces se ha ilustrado el *Quijote*! Pero aquí no vamos á tratar de unas nuevas *ilustraciones*, sino de la reproducción ó interpretación en dibujos de los pensamientos con que supo entretejer Cervantes su novela incomparable, lo que vale tanto como traducirla á una lengua universal: el Arte.

Idea tan original y tan vasta, pues más parece para realizada por una generación de artistas que por uno solo, se le ha ocurrido y la ha llevado á la práctica don José Jiménez Aranda, maestro eminente entre nuestros pintores contemporáneos, el autor de *Poniéndose como ropa de Pascua*, *Una desgracia loca*, y otros cuadros igualmente celebrados y famosos.

A este artista le distingue la condición de gran dibujante, mérito no frecuente en nuestros pintores, según dijimos al hablar de *El desnudo en el arte español*; sin que le vayan en zaga el agudo ingenio con que sabe componer y las finezas de color, del que posee el mágico secreto de expresar, con tan útil delicadeza como con la línea, el sentimiento del natural.

Ha hecho muchos dibujos; obras que hay que llamar así porque están pintadas á claro-oscuro.

¿Cómo nació en él la idea de dibujar el *Quijote*? Tan antigua como la afición á este libro es en el artista la de la pintura, pues pasajes del *Quijote* fueron los asuntos de sus primeros cuadros. No podemos puntua-

FELIX MESTRES



EN LA CARRERA DEL CORPUS

lizar si en Sevilla (su tierra), de vuelta de Roma ó en París, donde ha residido varios años, comenzó los dibujos; pero es lo cierto que los comenzó desde luego con la idea preconcebida de dar vida gráfica á la historia del *Ingenioso Hidalgo*, siguiendo puntualmente el orden de capítulos, el encadenamiento de los hechos, y que en París, durante las largas veladas del invierno, hizo la mayor parte de ellos. Hacía este trabajo para sí, como estudio, por vía de recreo intelectual, sin fines ulteriores para endulzar la nostalgia de la patria con el más hermoso de sus recuerdos. Cuando vino á establecerse en Madrid, hace siete años, siguió este trabajo que luego ha continuado y continúa en Sevilla.

Más, durante su corta estancia en Madrid, con motivo de la última Exposición de Bellas Artes, sorprendió á sus amigos, cuando después de enseñarles los dibujos, que llegaban á la elevada cifra de *quinientos*, les dijo, con la mayor tranquilidad del mundo, que todo aquello no era más que una serie de *bocetos*, hechos de memoria, y que iba á empezar la obra definitiva, haciendo de nuevo los dibujos, con modelos, es decir, del natural, como si se tratase de cuadros. El temple artístico que semejante empeño revela, es de lo que no se usa hoy. Pasaron los tiempos en que un Miguel Ángel ó un Rafael, llenaban vastos muros y bóvedas de capillas y estancias del Vaticano con grandiosas composiciones y múltiples

alegorías tomadas de los Libros santos y de la Historia, ó en que un Alberto Dürero ilustraba profusamente pasajes de libros morales, dando muestra de una fecundidad inagotable. Don José Jiménez Aranda se pone con la obra que está ejecutando al igual de los grandes maestros.

La tenacidad de nuestro artista ha producido las primeras muestras de su propósito. *Veintitrés* dibujos, que son los que constituyen el primer capítulo de ese *Quijote* gráfico, han sido enviados á Madrid, donde los hemos visto contadas personas.

Tanto estos dibujos definitivos como los que el autor llama *bocetos*, están trazados á pluma y luego pintados á la aguada (á la *gouache*, que dicen los franceses), con blanco y tinta de China. La ejecución es muy cuidadosa; detalles capitales, como cabezas y manos, están bastante concluidos y les avaloran toques magistrales de gran efecto. En suma, los dibujos en cuestión están tratados como cuadros.

Dichos veintitrés dibujos desarrollan el pensamiento del primer capítulo del *Quijote*, presentándonos, por lo tanto, el pueblo y la casa del hidalgo, y á éste tranquilo en ella con el ama y la sobrina, y el mozo de mulas, el caballo y los perros de caza; mostrándonos cómo la afición de los libros de caballerías trueca tan pacífico vecino del lugar en un loco, que intenta la descabellada idea de hacerse caballero andante.

Tres dibujos distintos desarrollan aquel conocidísimo párrafo con que da comienzo la novela. 1.º *En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme*, (cada dibujo lleva por epígrafe un trozo de texto) es la vista del pueblo, cuyo humilde caserío se apiña en torno de la iglesia; en primer término las eras; ni un árbol; cielo nubarrado, que traza el título de la obra. 2.º *no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo...* es la imagen del bueno de Quijada, pero muy distinto de como le tenía metido en el magín, pues de ordinario os le figuráis consumido por su locura, y aquí se os muestra en sus días de juicio cabal, cuando era un sujeto tranquilo, de ojos soñadores, sentado en un sillón de baqueta. 3.º *de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor*. Acaso la figura del galgo que duerme tendido en el suelo del corralillo, sea la mejor de esta alegoría del carácter de Quijada; por la puerta de la cuadra asoma el deslucido caballo, y en un rincón se enmohecen las armas.

Siguen los dibujos y el texto: 4.º *Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados...* Esta composición despierta mayor interés, á pesar de que de sus tres personajes no se ven más que las manos; apoyadas en la mesa cubierta por el mantel, las de Quijada y la sobrina; las del ama, nudosas y curtidas (no hay duda que son las suyas) volcando en una fuente (donde comen todos juntos, á estilo clásico del lugar) el contenido de la olla, cuyo vaho oculta cuerpos y rostros. En una escudilla aguarda el salpicón. En el suelo, maltrecho, yace el carnero, del que habían de salir los «duelos y quebrantos» que se consumían los sábados, y el «palomino de añadidura» con que se regalaba la mesa los domingos.

El dibujante no ha ocultado los personajes sino con el fin de presentárnoslo con mayor solemnidad, separadamente, y por el siguiente orden: 5.º *Tenía en su casa un ama que pasaba de cuarenta*, la cual trastea en una despensa, entre orzas de miel, tinajas de aceite, etc., y vuelve el rostro curtido y avejentado hacia el espectador. 6.º *...y una sobrina que no llegaba á los veinte*, lugareña vergonzosa, con los ojos bajos, faldamentas abultadas y algo cortas. 7.º *...y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera*, figura de gañán, admirable por su expresión y carácter, acabado estudio del natural.

En seguida vienen las diversiones con que mata su tiempo el hidalgo. Aparece en la lámina 8.ª *Gran madrugador y amigo de la casa*, caminando á la del alba, campo á traviesa, con sus arreos y sus lebreles. La 9.ª *...y así llevó á su casa todos cuantos pudo haber de ellos*, nos le muestra esperando á que le abran el artístico portón de su morada, al que llega seguido de sus perros y de un rapaz descalzo que trae sobre la cabeza los libros de caballería que no pudo tomar bajo el brazo el mismo Quijada, cuya capa denota el bulto de semejante contrabando de su sosiego.

Precioso y acabado cuadro es la 10. *Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar*. Allí se ponen de manifiesto los primeros efectos de tan empecatadas lecturas. Desarrollase la acción en un aposento de la casa del cura, mientras maese Nicolás hace á éste la barba. Quijada sentado, pero inquieto, porfia con gesto de no ceder; el cura, sentado en frente, procura conllevarle, según se desprende de su ademán; y el barbero, que parece dirigirse á mudar el agua de la vacía, mira con cara de

risa al peregrino disputador. No es aquella, sin duda, la primera controversia; llueve sobre mojado.

Más elocuente aún es la lámina 11. *...se le pasaban las noches leyendo de claro en claro...* El maniático ha dejado el lecho y sin vestirse se ha puesto de codos en su bufete, donde á la luz de un velón de Lucena devora con febril exaltación un infolio; y así le encuentran los primeros reflejos del alba que se descubren por la ventana del fondo. Tras de tal lectura sobreviene el acceso, el arrebató, que pinta con suma viveza la lámina 12: *Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalón, al ama que tenía...* Aquí la descompuesta cara de Quijada es ya la de un loco.

De las imaginaciones pasa á los hechos: 13.º *Y lo primero que hizo fué limpiar unas armas...* lo que ejecuta en el patio de su casa, con la mayor gravedad del mundo. Sobreviene la primera dificultad, verdadero conflicto de que da cuenta el artista en las cinco láminas siguientes: 14.º *...pero vió que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje*; corre Quijada á su aposento para buscar el remedio, (15) *...porque de cartones hizo un modo de media celada*; vuelve al patio y toma la espada (16) *...para probar si era fuerte...* (17) *y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana*; pero la rehace y triunfa su intento, (18) *...la diputó y tuvo por celada finísima de encaje*.

19. *Fué luego á ver á su rocín*, es un precioso dibujo del interior de la cuadra.

Pero acaso la más peregrina y original de todas estas composiciones es la 20.º *y en este pensamiento duró otros ocho días*. Nuestro hidalgo se ha encerrado en un aposento, olvidándose de las horas de comer, ni de qué tiene casa, ni ama, ni sobrina; sin duda para que estas no le importunaran atrancó la puerta con una silla, echó llave y cerrojo, y seguido de su galgo que aburridísimo bosteza sin saber qué pensar de aquella encerrona, se pasea de largo á largo, con el dedo índice apoyado en la frente de donde quiere sacar su nuevo nombre: DON QUIJOTE.

No le falta ya más que «una dama de quien enamorarse» y á esto se refieren las tres láminas restantes: 21.º *...si yo por males de mis pecados ó por mi buena suerte...* Imagen á un tiempo de lo real y lo ilusorio, sobre la figura del hidalgo se ve como entre nubes la escena del rendimiento del gigante Caraculiambro ante la «dulce señora». Y el entusiasmo que tales imaginaciones despiertan en aquél, es el motivo de la lámina 22. *¡Oh como se holgó nuestro buen caballero, cuando hubo hecho este discurso...* La lámina 23.º *...de quien él un tiempo anduvo enamorado...* nos hace retroceder á los buenos días de Quijada, pues nos le muestra conquistador, embozado en su capa y apostado en una esquina, acechando á la «moza labradora» á quien él, con el tiempo y por artes de su locura, había de convertir en la hermosa Dulcinea del Toboso.

Tales son los dibujos. El artista continúa su obra y continúa también los bocetos que suben al número de seiscientos y no llegan al final de la primera parte de la novela.

De esperar es, que tal suma de trabajos no quede en el olvido. Ese *Quijote* gráfico debe publicarse... y se publicará para que el público pueda admirarlo y poseerlo con tan exquisito cuidado como el libro de Cervantes.

JOSÉ RAMÓN MELIDA

EL VELÓN



almohadilla, y panzudas cómodas sin cerraduras; y arrojados á un rincón, como hermosos y olvidados deshechos de la bella y típica poesía nacional, el alma se acongoja, y me parece encontrarme delante de un astro que perdió para siempre su luz, y de la ruina y desolación de España.

Ese típico candelero de cuatro, cinco ó siete pábilos para las luces de aceite, como le define el diccionario, tiene una brillante historia. Cuando

CUANDO dentro de la cueva de un ropavejero descubro el clásico velón, solo, triste, apagado, sin sangre en el cuerpo, léase aceite, revuelto, confundido entre guitarras sin cuerdas, panderetas sin cascabeles, castañuelas rotas, mohosas espadas, capas apollilladas, mantillas descoloridas, calañeses sin borlas, sombreros de trespicos y de medio queso llenos de polvo, cornucopias sin azogue, confidentes sin

nuestro incomparable sol que se mira en el caudaloso Ebro; que trueca en plata la deliciosa costa de Levante; que baña de suave resplandor el Miguelete y las góticas torres de las catedrales de Burgos y Toledo, que ilumina los bailes en la ribera del Manzanares; que besa los cármes de Granada; que inunda de luz los patios cordobeses; que acaricia la Giralda; que constituye la alegría de Cádiz; que se retrata en los ojos de nuestras codiciadas mujeres; declinaba en el ocazo para iluminar otras bellas regiones españolas, el velón aparecía en escena, disipaba las sombras y constituía la alegría y el encanto del hogar.

Las campanas daban el poético toque del Ave-María; caballeros y menestrales cerraban los portones de sus casas; las doncellas se retiraban de la fuente para pelar la pava tras de la misteriosa reja, los alcaldes de casa y corte, seguidos de un regimiento de alguaciles y corchetes, salían en busca de fulleros y rateros, acudiendo con con más ó menos presteza en donde tenía lugar descomunal fullona; la ronda de pan y huevo daba principio á su caritativa misión; la ciudad parecía un sepulcro; y el velón brillaba en todo su esplendor en las boticas, en las barberías, en los bailes de candil; iluminaba la cena del pobre y del rico, el santo rosario pasado en familia, los co-



loquios amorosos, la cámara nupcial, la cuna del recién nacido, la salita de labor, los juegos de danzas, el gabinete del sabio, la sala del juego, el camarín de la buscona, el cuerpo de guardias, la virgen tutelar de las familias; y en noche de llanto y duelo se le veía colocado sobre la repisa, entre blandones de amarilla cera, velando el último sueño de amortajado cadáver encerrado en su ataúd.

El velón presenció los horrores de la Edad Media, inundó de luz el Renacimiento, alumbró las exageraciones del arte churriguero, alumbró nuestros primeros bailes de máscaras, el paso del santo entierro, tomó parte en las fiestas de las coronaciones de nuestros reyes, vió á nuestros bravos marinos llorar en tristes veladas la desastrosa hecatombe de Trafalgar y fué testigo de mil gloriosas escenas durante la Guerra de la Independencia y en la época constitucional.

Me diréis, con sobrada razón: el velón presenció los horrores del Santo oficio, la matanza de los moriscos, la expulsión de los judíos y las liviandades de los reyes y de otros que no lo eran; pero en cambio, á la luz de sus pábilos, escribieron sus inmortales dramas y comedias de capa y espada, los grandes vates del siglo de oro; compuso sus versos Santa Teresa de Jesús; redactó sus cartas María Coronel, la venerable de Agreda; inundó de ilustración el mundo el sapientísimo Feijóo; redactó incomparables páginas de gran enseñanza Jovellanos; encaminó á la elocuencia Capmany; Moratín regeneró el teatro; y compuso sus esculturales odas Quintana, el gran poeta de la patria y de la libertad.

Si la luna aun continúa siendo el sol de los enamorados, el velón fué el confidente de mil escenas de amor en aquellos *oscuros* tiempos que ya han pasado á la historia, con sus errores y sus encantos, con sus defectos y sus bellezas. A la luz del velón leía á hurtadillas la muchacha enamorada los billetes de su novio; bailaba con el preferido de su corazón en la ancha y despejada sala, en las noches de sarao; conversaba con el queriente, velando la capilla del barrio en la fiesta de San Antonio de Padua, que tan bellas devotas ha tenido siempre en España, en la de la Magdalena que cura de mal de amores, en la del Carmen y en la de Santo Domingo de Guzmán; y alumbraba á la desvelada niña, que al oír el primer toque de misa del alba saltaba presurosa de la cama para acudir al templo donde la esperaba el impaciente galán.

En el siglo XIX acabó su misión el velón sobre la tierra. Primero el quinqué, después el gas y el petróleo, y por último la electricidad le arro-



jaron de su trono de gloria y le envolvieron con la mortaja del olvido. Aquel astro que brilló por espacio de tantos siglos, perdió su luz y sirve de chacota y burla al mismo tiempo. Mas ¡ay! yo adoro la libertad, amo el progreso, bendigo la civilización; pero prefiero recorrer las calles de Madrid y de Toledo á la luz de un velón, que no verlas iluminadas por la electricidad, pues ella es solamente la prolongación del día, y roba á la noche sus sombras, sus misterios, sus encantos y su poesía, y el día en que ésta muera estará de más el sentimiento y el corazón.

FRANCISCO GRAS Y ELIAS

EL SABLAZO

I

He buscado, en vano, en la última edición del Diccionario de la lengua castellana, por la Real Academia Española, la acepción que hoy da el vulgo á la palabra *sablazo*, y aunque ya en 1884 se ejercitaban mis nunca bien amados compatriotas en la vilipendiosa cuanto útil práctica del *sablazo*, es lo cierto que, el no haber ingerido en nuestro léxico la docta asamblea, en su obra de la citada fecha, tan repetido vocablo, prueba con plena probanza, que, en aquel entonces, no se había vulgarizado el uso del *sablazo*, tal y como hoy es entendido, hasta el grado de merecer que lo definieran los conspicuos encargados de limpiar, fijar y dar esplendor á la hispana lengua.

Más me afirmo en esta creencia, cuando recuerdo que, un año antes de la data á que me refiero, cuando los inmortales componían el Diccionario, hoy vigente, apadrinó el eximio académico señor Cánovas del Castillo, la frase familiar: *quedarse con uno* — sin duda para dar á entender que ya él se había *quedado con todos* — y otras de igual jaez, que se complacía en recoger del vocabulario de las clases populares — porque si bien no las frecuentaba, le eran conocidas; y porque no hay que olvidar que al par de insignie estadista, era un malagueño zumbón, de imaginación regocijada que se desbordaba en frases donairosas, de sal ática y pimienta de nativo andaluz — pareciéndome extraño que en aquella hornada, no incluyera una voz de tanta resonancia y hoy tan en boga. No cabe, pues, dudar, que el nunca bastantemente llorado don Antonio, ó no llegó á sufrir entonces embates de los modernos campeones de la esgrima más temible de estos desventurados tiempos, ó no se había propagado en aquella fecha — y esto es lo más probable — con las proporciones asoladoras que en la actualidad ofrece, el ejercicio del *sablazo*, ó mejor dicho, del *sablazo*.

Que el *sablazo*, tal como hoy se da en nuestra amada patria, se ha dado en las pasadas centurias; que su práctica es de todas las edades; que se ha señoreado en todas latitudes; que sus orígenes, lejos de perderse entre las tinieblas que envuelven el origen del humano linaje, hállase hasta en los tiempos prehistóricos; que es consubstancial con el hombre y, por tanto, eminentemente humano... es evidente de toda evidencia. Lo que hay es que, siendo un mal y un bien fortuitos — *bien* para el que lo da, con fruto, *mal* para el que lo recibe inerte y sin defensa alguna; — constituyendo institución que es al hombre lo que la sombra al cuerpo, no puede substraerse á las leyes biológicas á que están sujetas cuanto vive, ni evitar las transformaciones de que todo es tributario en la existencia. No es, por tanto, el *sablazo*, en esencia, lo que nace ó muere ó se transforma; es la forma y sólo la forma la que cambia; es el modo de expresión y exteriorización en medios y tiempos determinados, lo que varía. El

sablazo es, resumiendo, anterior á los tiempos históricos; se manifiesta, metamorfoseándose, pero siempre con doble naturaleza, bifronte, con dos caras, como Jano, representando el bien y el mal, según que se da en hueso — ó sea sin éxito — ó en faltriquera ahita; y es finito, como el hombre — si bien respetables varones de profunda sabiduría en la tal esgrima, opinan al unísono, que traspasará con el espíritu de aquél, los umbrales de la eternidad.

En apoyo de las precedentes aseveraciones, no he menester hacer alardes de erudición, exhumando textos é ilustrando este articulejo con abundante copia de indigestas notas y apéndices. La verdad de cuanto afirmo, está en la conciencia de todos. Tan sólo habré de aducir un dato, en extremo elocuente, que demuestra la añejez del *sablazo*, entre nosotros. Un antiguo refrán castellano — que personas letradas aseguran haber sido traducido del sanscrito — dice que:

el amigo que no presta y el cuchillo que no corta,
que se pierda poco importa;

refrán compuesto sin duda alguna en colaboración, por *sablitas* ó *sablacistas* de antaño, despechados.

II

El *sablazo*, en nuestros días, es, después de todo, más que un arma de que se valen los astrosos pordioseros vergonzantes de levita para allegar menguados recursos con los cuales mantener su agónica vida, un escudo ó baluarte en que se amparan los burgueses de caudal anónimo, de ignorado origen; los petulantísimos *indianos* que visitaron el nuevo continente haciendo estación en calidad de covachuelistas afortunados en alguna aduana de mucho tráfico; los capitalistas ó rentistas de alma endurecida y hueco corazón que, satisfechos de lo necesario y hartos de lo superfluo, no sienten la virtud de la caridad y denostan á todo el que postula, motejándolo de holgazán, vicioso y perdelario.

La idea del préstamo generoso, sin usurarias ganancias; el concepto de anticipo liberal y cristiano para remediar una aflicción ó una penuria, que fueron concepto é idea de todos los tiempos, han sido degeneradas y envilecidas, por el egoísta, ateo y desnaturalizado. Afeando la acción del que pide — porque ha menester — denominándola con un vocablo que designe rebajamiento moral, se atrinchera el pudiente y se defiende de la exacción, al paso que se mella y se invalida el arma, al menesteroso de auxilio.

Para el ruin, para el tacaño, para el hombre sin entrañas, toda petición

es *sablazo*, todo pedigüeño, un *sablista*. Ese es su escudo, ese su baluarte, esa su arma defensiva.

Confunden, mediante la denominación genérica de *sablista*, al hombre honrado que ha menester ser socorrido, fortalecido ó alentado, con el bribón bohemio, mal trabajador, sin vergüenza, que, falto de pudor, comensal en la hampa, *vive sobre el país*, come, se embriaga y trasnocha en las sentinas del vicio, merced á la colecta hecha entre los que fueron un día sus compadres y camaradas en devaneos y licenciosas zambras, y hoy lo utilizan, á las veces, como heraldo y voceador de sus larguezas con las cortesanas, y de sus triunfos en aventuras y lides truhanescas, á las veces como servidor y colaborador de orgiásticas empresas; ó gracias al producto de una ratería ó de una estafa, ó en virtud del ejercicio de servicios denigrantes y depresivos para la dignidad humana.

Estriba su interés y ponen todo su conato en medir con el mismo rasero, al funcionario que tras larga cesantía, decretada por un ministro venal y sin conciencia, consumió el exiguo ahorro, y pide reposición ó labor honrada, para dar con su fruto, pan á su familia, y al inepto paseante en corte que se dice postergado porque el nuevo imperante partido le retiró la prebenda que le otorgara un cacique, á cambio de una felonía; al industrial laborioso é inteligente, al labrador incansable y experto que arruinaron los tributos ó desgraciados negocios y á los *crupiers* que huelgan, porque no se *burta* ó á los parásitos sin oficio ni profesión conocida, vagos de real orden, pícaros hoy... y mañana pobladores del presidio.

Sablazo es, para el adinerado que consume en afeites un caudal y gasta pingüe renta en vanidades y ostentaciones irritantes, la petición de un duro hecha por un padre de familia, para alimentar un día á sus familiares hijos; las cincuenta pesetas para evitar un desahucio; las ciento para emprender un viaje de justificada y perentoria necesidad; las dos para comprar una medicina; las mil para salvar á un hombre honrado ó para establecer modesto, lícito y provechoso negocio... y las quinientas con destino á un tahir, las veinticinco para asistir á un baile de máscaras ó las quince para ser consumidas en una tasca ó en una casa de lenocinio... Todos son *sablazos* y todos *sablistas*....

En estos malhadados tiempos, el desdichado que por adversidades de la vida llega á carecer de todo recurso; que vendió el último mueble y empeñó la última prenda; que agotó el crédito — arbitrado, más que por virtud de garantía sólida, por el acento elocuente y persuasivo empleado

en la demanda, acento que hizo sugestivo y catequista, la necesidad — truecase en *sablista*, si á la amistad acudió en busca de auxilio. Si halla éste, es bien menguado y hálalo una sola vez; con el ruin anticipo, perdió el afecto amistoso, la estimación y la consideración personal, y si la Providencia no lo salva de la miseria... muere en ella, pero con vilipendio, con el infamante *inri* de: *sablista*....

III

Parada donde se agrupan los auténticos *sablistas*, los *de pura sangre*, aunque de baja estofa; foro donde actúan, campo en que maniobran, *puesto* predilecto para acechar el *paso* de la *pieza* que se proponen *cobrar*... no hay que mentarlo; mis lectores habrán ya pronunciado *inmente*: ¡la calle de Sevilla!

La faz cadavérica, el cuerpo encorvado, el cabello bravío; las manos, ocultas á veces en los desgarrones de una indumentaria cuyas medidas no fueron tomadas para vestir á su usufructuante, á veces llevadas á la boca para desentumecerlas con vaho de hambriento; golpeando el suelo con los mal calzados pies, ateridos por el intenso frío de Madrid en noche invernal, atisba á los transeúntes con fosforescente mirada, ojea en las puertas de los cafés y de los casinos, buscando, ávido y anhelante, una persona conocida á quien acometer y contarle *el cuento del día*. La voz plañidera, la mirada en éxtasis de famélico, relata breve y atropelladamente las más despeluznantes y espantables y conmovedoras cuitas; pide, suplica, gimotea y rebaja, batiéndose en retirada, la tasa en que valoró el derecho de tránsito, hasta que logra apretar con los congestionados dedos, algunas monedas de cobre, con las cuales desaparece rápido y alborozado, para beber en la taberna inmediata una ó dos copas de *lo tinto* — ¡hace tanto frío! ¡lleva tantas horas sin comer! ¡siente tan intensas fatigas en el estómago!... ¡hay que reponer las decaídas fuerzas! — Y si lo recaudado no cubre el presupuesto — más castigado que pilluelo travieso por atrabiliario domine — vuelta á la parada, vuelta al foro, vuelta al campo y al *puesto*, para seguir actuando, atisbando y acechando....

Y en tanto acierta á pasar otra víctima de este verdadero *sablista*, voy á llevar al editor estas cuartillas — ó lo que es lo mismo, según el criterio reinante: á *darle un sablazo*.

RAFAEL CHICHÓN

EL PRÓXIMO NÚMERO

(DÉCIMO PRIMERO DE ESTA PUBLICACIÓN)

Conforme manifestamos en nuestro programa de aparición, y repetimos al inaugurar las tareas del presente año, la base fundamental del ALBUM SALON consiste en proporcionar á los pintores españoles, un medio, hasta ahora no realizado en el país, de reproducir fielmente sus obras, de suerte que el estilo ó factura peculiar del artista, aparezca en las múltiples reproducciones, con los mismos detalles trazados por su mano en el original.

Nuestras esperanzas de conseguirlo, no salieron frustradas: así lo ha demostrado el público, dispensándonos una favorabilísima acogida; y los propios interesados, con entusiastas plácemes y espontáneas ofertas que han de contribuir eficazmente al mejor éxito de la publicación, empezada bajo tan buenos auspicios.

Para corresponder dignamente á la deferencia de éstos, y seguros de que lo verán con agrado nuestros suscriptores, tenemos el proyecto de publicar algunos números especiales, dedicados á los que de mayor prestigio y respetabilidad gozan en el palenque artístico, y cuya parte ilustrada llevará exclusivamente su firma.

Sin que el orden implique preferencia, pues por igual apreciamos y agradecemos el concurso de todos, el número próximo verá la luz en honor del notable artista, Don Tomás Moragas, conteniendo el siguiente

SUMARIO

CUBIERTA en color.

El amor y el sport, caricaturas en negro, por Xaudaró.

PÁGINAS EN COLOR: *Tipo alicantino*. — *Tipo gitano*.

Un lance de honor (doble página).

Apuntes rápidos.

PÁGINAS EN NEGRO: Tomás Moragas, su retrato y taller, con un artículo biográfico, de Salvador Carrera.

Tribunal árabe (cuadro).

Los españoles en América, artículo, por la Baronesa de Wilson.

Una calle de Tánger (cuadro).

Albrevadero árabe (cuadro).

¡Dos infelices! artículo, por Pablo de Segovia.

La nobleza romana felicitando el año nuevo á los cardenales (cuadro).

Los siete domingos de San José, artículo, por Mascarilla.

Armas y letras (cuadro).

¡Chinitas! artículo, por Rafael Chichón.

La pescadería de Roma en Cuaresma (cuadro).

MOAICO.

REGALO: *¡Pobre niña!* Canción, del Maestro Granados, con letra de Fernán Caballero é ilustraciones de Passos.



Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria

Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Lit. Labiella.

MOSAICOS HIDRAULICOS

DE
— ORSOLA, SOLÁ Y COMPAÑIA —

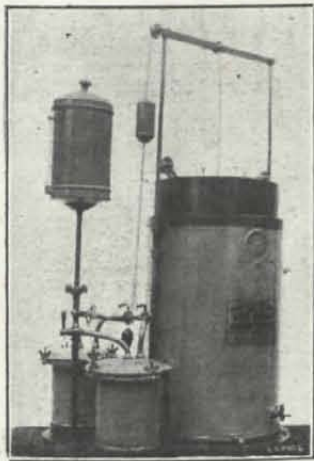
Superiores en **BELLEZA, SOLIDEZ y ECONOMIA** á cuantos se fabrican en España.

Unica casa que ha obtenido las más altas recompensas en las Exposiciones Universales de **BARCE-**

LONA 1888, PARIS 1889, y CHICAGO 1893.

Despacho. 2, Plaza de la Universidad, 2, Barcelona.

LUZ SOLAR



CON EL GAS ACETILENO
APARATO AUTOMATICO
CON PATENTE DE INVENCION N.º 18379
Primera en España.

E. CLAUSOLLES

Instalaciones de Alumbrado en
poblaciones, fábricas, cafés, teatros,
etcétera, etcétera, mecheros especiales.

EXISTENCIAS CONSTANTES
DE CARBURO DE CALCIO

282, Cortes (Gran-Via), 282

Teléfono, n.º 648.

BARCELONA



FOTOGRAFIAS ANIMADAS

(Cinematógrafo en la mano).

COLECCION ESPAÑOLA

La mejor de todas las conocidas.

VAN PUBLICADAS

- N.º 1 Baile Fantástico.
- N.º 2 Danza Serpentina
- N.º 3 Asalto de Armas.
- N.º 4 Baile Francés.
- N.º 5 Duelo de Damas.
- N.º 6 El Gimnasta.
- N.º 7 Los Pilluelos.
- N.º 8 El Barbero.
- N.º 9 La Jota Aragonesa.

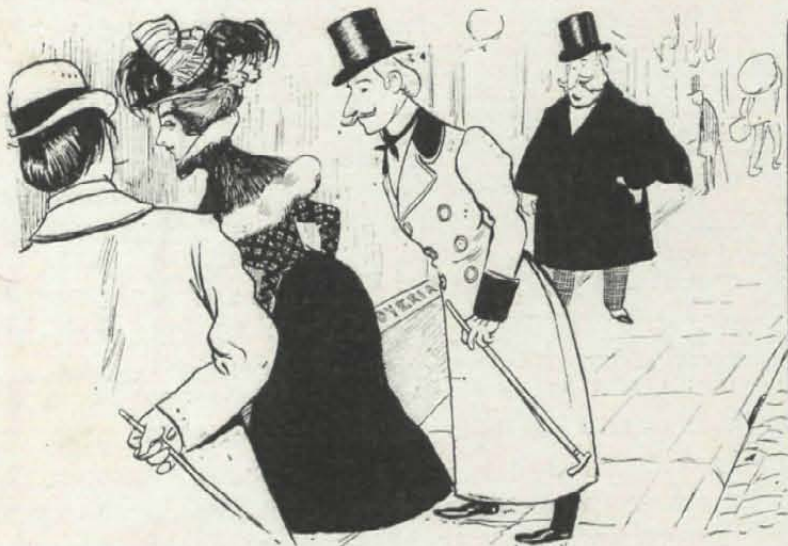
En prensa: La Menegilda.
La Pulga Marte y las Bra-
vias, ¡Olé! ¡Viva España!
El Beso.

PRECIO DE CADA BLOCK: DOS REALES

DE VENTA en Librerías, Papelerías, Kioscos y tiendas de juguetes,
y al por mayor, BENJAMIN MIRALLES

BAILÉN, 17 BARCELONA

¡EN EL OCEANO DE LA VIDAL, por XAUDARÓ.



Zozobra.



¡Sálvase el que pueda!

VINO DE OSTRAS

Del Dr. Sastre y Marqués.

Los más eminentes médicos de España,
lo recomiendan á sus enfermos y conval-
scentes para la curación de las enfermeda-
des nerviosas, anemia y debilidad general.
Depósito en Madrid: Vda. Somolinos, Infan-
tas, 26; en Zaragoza, farmacia Rios herma-
nos; en casa del autor, Hospital, 109, Barce-
lona, y en todas las farmacias bien surtidas.

JUAN BAUTISTA PUJOL Y C.ª

EDITORES DE MÚSICA

1 Y 3, PUERTA DEL ANGEL, 1 Y 3. BARCELONA

Música de todos géneros y países. — Pianos,
Harmoniums, Organos é instrumentos de orquesta
y banda. Representación y depósito de las prin-
cipales casas extranjeras. Contratas especiales.
— Compras directas. Agentes en Paris, Bruselas,
Berlin, Leipzig, Hamburgo, Londres, Milán y Vie-
na. Precios, los más económicos, y existencias,
las más importantes de la Península. Catálogos
gratis. — Expediciones diarias.

HISTORIA

del
GENERAL

D. JUAN PRIM

Semanalmente y sin interrup-
ción se publica un cuaderno que
vale

UN REAL

á pesar de contener dieciséis pá-
ginas de texto, ó bien ocho y un
rico cromó.

JUAN FRANQUESA

ALMACÉN DE MUEBLES

VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO

SAN PABLO, 28 Esquina Arco de San Agustín BARCELONA



FÁBRICA DE PIANOS

DE

COROMINAS Y RIERA

Pianos verticales, oblicuos y cruzados reconocidos como superiores y que compiten ventajosamente con los extranjeros. Cambios, alquileres, reparaciones y afinaciones. Fundas para piano, zócalos, metrónomos, cubre teclados, etc.

CATALOGOS GRATIS PRINCESA, 45.-BARCELONA

EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE
DE LA MANCHA

POR

Miguel de Cervantes Saavedra.

Se reparte por cuadernos de 16 páginas, siendo su precio el de un real.

CENTRO EDITORIAL ARTISTICO

DE

MIGUEL SEGUÍ

151 Rambla de Cataluña 151

BARCELONA

Las personas que deseen anunciar en este periódico, deben dirigirse á don Manuel Solá, Mallorca, número 315, principal.

Apuntes para un prólogo sobre
EXTRACCIONES DENTARIAS

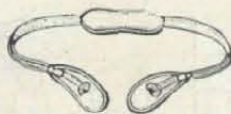
(En publicación)

por el Dr. BRUGUERA MARTÍ

Médico especialista.

PELAYO, 22

BARCELONA



CONVIENE A LOS HERNIADOS (QUEBRADOS)

Sepan que un invento verdad con real privilegio, es el Braguero óptimo hernial VIVES, compuesto de elementos electro-magnéticos, capaces de curar las hernias, por crónicas y rebeldes que sean. — La ley castiga á los falsificadores. — Ningún fabricante de bragueros puede construir bragueros electro-magnéticos, más que su propio autor. — Pídase el folleto explicativo: Unión, 7, entresuelo, Barcelona. — VIVES, ORTOPEDISTA.

MARCA



«Tintura vegetal» para el cabello y la barba.

LA MARAVILLA de J. Martra.

Impide la caída del cabello, cura la caspa, es tónica como la mejor brillantina. Como autor y práctico que soy en el cabello puedo asegurar que LA MARAVILLA es el único específico para conservar la cabeza sana y limpia. (No tiene nitrato de plata.)

AGUAS PARA LAS SEÑORAS

LA FLOR DE LIS deja el cutis fino mate. LA MEJICANA deja el cutis fino con lustre. Su aplicación es sencilla; basta aplicarla con una esponjita ó franela muy suave. Se venden estas aguas en todas las perfumerías. Encargos en Barcelona, Bailén, 117, 1.º

GRAN FARMACIA HOMEOPÁTICA ESPECIAL

GRAU-ALA

8, CALLE DE LA UNION, 8 BARCELONA

Esta casa montada á la altura de las más acreditadas del extranjero, se halla surtida de cuanto tenga relación con la Homeopatía.

Gran surtido de botiquines desde 8 á 500 ptas.

Obras de Homeopatía. Se remiten catálogos.



PIANOS

FORTUNY 3 BARCELONA
PIANOS DE COLA Y VERTICALES
A CUERDAS CRUZADAS Y CUADRO DE HIERRO
ESTILO NOROCCIDENTAL
SE REMITEN CATALOGOS

Depilatorio en polvo del Dr. Thomson

El remedio mejor, más perfecto é inofensivo, para hacer desaparecer pronto el vello, único que no ejerce influencia perjudicial sobre la piel. Aplicación sencilla. Resultados positivos.

Precio: 3 PESETAS CAJA

Unico depósito: Perfumeria LAFONT

Call, 30. BARCELONA



Antes de usarlo.



Después de usado.

WERTHEIM

MAQUINAS PARA COSER PERFECCIONADAS

VENTA A PLAZOS

y al
CONTADO



CONTADO
y al

VENTA A PLAZOS

BICICLETAS GARANTIDAS

TALLERES DE REPARACIONES

Niquelaje especial y esmaltes á fuego.

AVINÓ, 9 BARCELONA